XX Simposio Historia de la Iglesia en España y América,
Real Alcázar de Sevilla, 18 mayo 2009, 10.45 h.

Pluralismo y relativismo:
La razón en la convivencia democrática

Jaime Nubiola[1]
Universidad de Navarra
(jnubiola@unav.es)

Todo lo sabemos entre todos.
Pedro Salinas, *Ensayos* II, 169

0. Introducción

Lo que quiero sostener en mi intervención no es nuevo ni muy original, pero sí que, al menos a mi juicio, es muy importante para la organización de la comunidad política y para la salud espiritual e intelectual de las instituciones de la Iglesia Católica y de cada uno de nosotros. Quiero defender el pluralismo, esto es, el que los problemas y las cosas tienen facetas, caras distintas, y que hay maneras muy diversas —legítimas en su mayoría y muchas de ellas valiosas— de pensar acerca de ellos. Quiero al mismo tiempo rechazar el escepticismo relativista y el pragmatismo vulgar con los que frecuentemente se asocia el pluralismo.

Más aún, pienso que en la defensa de la libertad y la responsabilidad personales en todo el rico ámbito de lo opinable se condensa una de las enseñanzas centrales del Concilio Vaticano II, que yo en particular he aprendido de San Josemaría Escrivá. Con enorme emoción hemos podido comprobar cómo Benedicto XVI afirmaba en estos días recientes: "La fidelidad a sus raíces cristianas, la fidelidad a la misión de la Iglesia en Tierra Santa, les pide —decía en Amman al comienzo de su viaje— un particular tipo de valor: (...) el valor de construir nuevos puentes para hacer posible un fecundo encuentro de personas diversas de diversas religiones y culturas y así enriquecer el tejido de la sociedad".

No voy a ocupar mi exposición en citas eruditas, sino que como filósofo quiero prestar sobre todo atención a las ideas. En primer lugar, 1) presentaré sucintamente un diagnóstico de la situación actual; en segundo lugar, 2) hablaré del relativismo y su conexión con el "pragmatismo vulgar"; en tercer lugar, 3) intentaré explicar por qué el pluralismo no es relativista, para finalmente 4) concluir con una breve defensa del papel de la razón y del diálogo racional en la organización de la convivencia democrática.

1. Un diagnóstico de la situación actual

Todos advertimos con claridad que nos encontramos en una sociedad que vive en una amalgama imposible de un supuesto fundamentalismo cientista acerca de los hechos y de un escepticismo generalizado acerca de los valores. Muy a menudo los valores (lo bueno y lo

---

[1] Agradezco la invitación del Emmo. y Revmo. Sr. Cardenal-Arzobispo de Sevilla Carlos Amigo Vallejo para tomar parte en este Simposio y el trabajo como coordinador del prof. Josemaría García de Lomas. Muchas de las ideas que aquí expongo están tratadas con más amplitud en mi libro *Pensar en libertad*, Eunsa, Pamplona, 2007.

malo, lo que hay que hacer o hay que evitar) parecen ser a fin de cuentas lo que decidan los gobernantes de turno atentos a la sensibilidad de su electorado. Basta pensar en las campañas públicas contra el tabaco, la velocidad en las carreteras o la prohibición de dar un cachete al hijo que se porta mal. Son los representantes elegidos democráticamente quienes deciden acerca del bien o el mal de las acciones humanas. Algo se considera bueno o malo simplemente porque ha sido decidido o prohibido por un gobierno o un parlamento.

Nuestra sociedad vive una extraña mezcolanza de una ingenua confianza en la Ciencia con mayúscula y de aquel relativismo perspectivista que expresó tan bien nuestro poeta Campoamor con su "nada hay verdad ni mentira; todo es según el color del cristal con que se mira"[2]. Ahora el color del cristal es quizás el del partido gobernante en cada momento. "Para gustos, los colores" se repite a diario, pretendiendo con ese refrán popular legitimar como familias unas formas supuestamente "avanzadas" de convivencia humana. En nuestra cultura hay una escisión radical entre el ámbito de la ciencia (el campo de los datos y los juicios de hecho) y el de las meras opiniones (los juicios de valor), que hunde sus raíces en los dogmatismos del Círculo de Viena. Para ilustrar esto basta con hojear cualquier periódico o comprobar cómo sigue repitiéndose a los alumnos de periodismo que han de distinguir entre información y opinión, entre hechos y valoraciones, o escuchar a los políticos que aseguran que las opiniones son libres o que todas merecen el mismo respeto (¡esto es, ninguno!).

Ante esta situación de genuina "subversión de todos los valores", como diría Nietzsche, la tentación para algunos católicos —en España y en otros países— consiste básicamente en huir del mundo moderno para quedarse sólo con la fe, a la que se interpela además para que solucione los problemas acuciantes de este mundo contemporáneo. Como ha escrito Martin Rhonheimer, la "desconfianza frente a la libertad y al pluralismo profundamente arraigada, constituye la variante típicamente católica de la separación entre fe y mundo moderno"[3]. La fe católica no tiene un recetario predeterminado de soluciones para arreglar los problemas de la convivencia en una sociedad democrática. Corresponde más bien a cada uno y a las diversas organizaciones y entidades sociales (Estado, partidos, sindicatos, organizaciones intermedias, etc.) el arbitrar por cauces democráticos las soluciones que en cada caso se consideren mejores en todas esas materias opinables. La fe de la Iglesia no está llamada ni a organizar el estado de las autonomías en España ni sus diversos niveles competenciales, ni tampoco a solucionar la crisis económica o determinar cuál sea el mejor medio de terminar con la lacra del terrorismo. Que esto sea así no significa, sin embargo, que el mensaje de la fe no tenga profundas repercusiones en la vida y en las conciencias de los creyentes.

2. El relativismo como pragmatismo vulgar

Todos recordarán cómo en la misa previa al cónclave en el que había de ser elegido papa, el entonces cardenal Ratzinger denunciaba con fuerza los vientos de relativismo que azotan nuestra sociedad occidental. El relativismo —venía a decir— se ha convertido en una actitud de moda, mientras que "tener una fe clara según el credo de la Iglesia católica" es despachado a menudo como fundamentalismo. "Se va constituyendo —concluía— una *dictadura del relativismo* que no reconoce nada como definitivo y que deja sólo como medida última al propio yo y sus ganas"[4]. La expresión "dictadura del relativismo" llamó de inmediato

[2] R. Campoamor, *Obras poéticas completas*, Madrid, Aguilar, 1972, p. 148.
[3] M. Rhonheimer, *Transformación del mundo*, Rialp, Madrid, 2006, p. 71.
[4] J. Ratzinger, "Homilía en la misa por la elección del Papa", 18 abril 2005. Accesible en

la atención tanto de la audiencia como de la prensa, pues mostraba de manera bien gráfica la formidable capacidad poética del futuro papa que con sólo tres palabras diagnosticaba la enfermedad de la sociedad europea.

Algún periodista nacional consideró que esa expresión era un concepto absurdo, una contradicción *in terminis*, sin caer en la cuenta de que la combinación de esas dos palabras compone una figura literaria de enorme fuerza expresiva. Se trata de la figura denominada *oxímoron*, (del griego *oxys*, agudo, y *moros*, romo, estúpido), en la que mediante la yuxtaposición de dos palabras de significado opuesto se logra expresar un contraste difícilmente alcanzable de otra manera: todos hemos empleado expresiones como "silencio atronador", "luminosa oscuridad", "graciosa torpeza" y tantas otras parecidas que llenan de sentido y viveza nuestra comunicación. Cuando el futuro Benedicto XVI hablaba de la *dictadura del relativismo* lo que estaba expresando con brillantez poética es que en nuestra avanzada cultura democrática se está imponiendo por vía de fuerza el principio de que todas las opiniones valen lo mismo, y por tanto, que nada valen en sí mismas, sino sólo en función de los votos que las respaldan.

Cuando quienes defienden ese relativismo son hombres de estado, políticos o empresarios que deben tomar decisiones de importancia se dice que son unos "pragmáticos" cuando lo único que les interesa son crudamente los votos de sus electores, o los beneficios personales o de su accionariado, independientemente de cualquier consideración moral. Por supuesto, aunque llamemos a estas personas *pragmáticos*, su actitud no tiene nada que ver con el pragmatismo filosófico desarrollado por los filósofos norteamericanos Charles S. Peirce, William James y John Dewey, a finales del siglo XIX y principios del XX que en estas últimas décadas está resurgiendo[5].

El *corpus* electrónico de la Real Academia Española, todavía en fase de construcción, contiene actualmente 494 referencias a "pragmatismo" con sus contextos de aparición en España. El término "pragmatismo" alude siempre a experiencia, pero de ordinario está ligado también a falta de principios, astucia, cinismo, o mera eficacia material. Como me decía un día mi maestro Alejandro Llano, el pragmatismo lo peor que tiene es el nombre.

De hecho, en la tradición pragmatista pueden distinguirse desde sus comienzos dos estilos radicalmente diferentes: el pragmatismo reformista y el pragmatismo vulgar. Mientras el primero reconoce la legitimidad de las cuestiones tradicionales vinculadas a la verdad de nuestras prácticas cognitivas y trata de reconstruir la filosofía, el segundo abandona las nociones de objetividad y de verdad, renuncia a la filosofía como búsqueda y simplemente aspira a continuar la conversación de la humanidad. El gran valedor de este pragmatismo literario post-filosófico fue Richard Rorty, fallecido en junio del 2007. Rorty decía que "verdadero" viene a significar aproximadamente "lo que puedes defender frente a alguien que se te presente", y que "racionalidad" no es más que "respeto para las opiniones de quienes están alrededor"[6]. Si tomamos en serio los pronunciamientos más radicales de Rorty —estoy parafraseando a Susan Haack[7]—, su posición llega a ser la de que las ciencias no presentan verdades objetivas sobre el mundo. Lo que harían los científicos es simplemente presentar

---

< http://www.interrogantes.net/index2.php?option=com_content&do_pdf=1&id=817>

[5] R. Bernstein, "El resurgir del pragmatismo", *Philosophica Malacitana*, Vol. Sup. 1, 1993, pp. 11-30.

[6] S. Haack, "Pragmatism", en N. Bunnin y E. P. Tsui-James, eds. *The Blackwell Companion to Philosophy*, Oxford, Blackwell, 1996, p. 644; R. Rorty, *La filosofía y el espejo de la naturaleza*, Madrid, Cátedra, 1983, p. 281; *Objectivity, Relativism and Truth*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, pp. 32 y 37.

[7] S. Haack, "Y en cuanto a esa frase 'estudiar con espíritu literario'…", *Analogía Filosófica* XII/1 (1998), p. 182.

teorías inconmensurables y eso constituiría su conversación, del mismo modo que los géneros y producciones literarias sucesivas constituyen la conversación literaria.

En contraste con esta actitud del pragmatista vulgar o del político oportunista, me gusta destacar que el científico no es nunca un relativista, no piensa que su opinión valga lo mismo que cualquier otra, y, si es un científico honrado, está deseoso de someter su parecer al escrutinio de sus iguales y de contrastarlo con los datos experimentales disponibles. El buen científico está persuadido de que su opinión es verdadera, que es la mejor verdad que ha logrado alcanzar, a veces con mucho esfuerzo. El científico sabe también que su opinión no agota la realidad, sino que casi siempre puede ser rectificada y mejorada con más trabajo suyo y, sobre todo, con la ayuda de los demás. La búsqueda de la verdad no es una tarea solitaria, sino solidaria.

3. Un pluralismo no relativista

Hablar de la verdad, así sin adjetivos, o decir que quienes nos dedicamos a pensar buscamos la verdad, comienza a ser considerado no sólo una ingenuidad, sino simplemente como algo de mal gusto: "¡Será, en todo caso, la verdad para ti, pero no creerás tú en unas verdades absolutas!". La mayoría de nuestros conciudadanos son fundamentalistas en lo que se refiere a la física, a las ciencias naturales o incluso a la medicina, pero en cambio son del todo relativistas en lo que concierne a muchas cuestiones éticas. Lo peor es que este relativismo ético es presentado a menudo como un prerrequisito indispensable para una convivencia democrática, sea a nivel local o a escala internacional. Un relativista consecuente piensa que simplemente hay unas prácticas que *ellos* consideran correctas (o racionales), y otras que *nosotros* consideramos correctas, hay cosas que "pasan por verdaderas" entre ellos y otras que son así consideradas entre nosotros, pero ni siquiera tiene sentido la discusión, la confrontación entre prácticas divergentes, pues no hay criterios para poder decidir qué conductas son mejores que otras[8].

Aunque sea cómodo para quien tiene el poder mantener una separación así entre ciencia y valores, tengo para mí que una escisión tan grande entre lo fáctico y lo normativo resulta a la postre insoportable. A mi entender, los seres humanos anhelamos una razonable integración de las diversas facetas de las cosas; la contradicción flagrante desquicia nuestra razón, hace saltar las bisagras de nuestros razonamientos y bloquea a la postre el diálogo y la comunicación. Del hecho de que las personas, los partidos o los pueblos tengan opiniones diferentes sobre una materia no puede inferirse que no haya verdad alguna sobre dicha materia.

La defensa del pluralismo no implica una renuncia a la verdad o su subordinación a un perspectivismo culturalista. Al contrario, el pluralismo estriba no sólo en afirmar que hay diversas maneras de pensar acerca de las cosas, sino además en sostener que entre ellas hay —en expresión de Stanley Cavell— *maneras mejores y peores*, y que mediante el contraste con la experiencia y el diálogo racional los seres humanos somos capaces de reconocer la superioridad de un parecer sobre otro. Nuestras teorías, como los artefactos que fabricamos, son construidas por nosotros, pero ello no significa que sean arbitrarias o que no puedan ser mejores o peores. Al contrario, el que nuestras teorías sean creaciones humanas significa que

[8] E. Craig, "Relativism", *Routledge Encyclopedia of Philosophy*, 8, pp. 189-190.

pueden —¡deben!— ser reemplazadas, corregidas y mejoradas conforme descubramos versiones mejores o más refinadas[9].

La verdad con minúscula —las verdades alcanzadas por los seres humanos— no ha sido descubierta de una vez por todas, sino que es un cuerpo vivo que crece y que está abierto a la contribución de todos. Cada uno puede contribuir personalmente al crecimiento de la humanidad mediante su esfuerzo por la profundización en la verdad. La búsqueda de la verdad no es una tarea privada o que pueda ser llevada a cabo por una persona aislada, sino que requiere la actividad cooperativa de unos y otros. Esta actitud supone una concepción de la investigación que, lejos de un eclecticismo ingenuo, busca encontrar las razones de la verdad en la confrontación de las opiniones opuestas, sabedora con la mejor tradición que todos los pareceres formulados seriamente, en cierto sentido, dicen algo verdadero. Con el dicho medieval, somos enanos a hombros de gigantes[10], pero también —como decía con fuerza el humanista Juan Luis Vives rectificando a Juan de Salisbury— «ni somos enanos, ni fueron ellos gigantes, sino que todos tenemos la misma estatura»[11].

En esta expresión del Renacimiento humanista se refleja el estilo democrático y pluralista, que se encuentra también en el centro de la filosofía contemporánea. Se trata del reconocimiento de la capacidad de verdad de los seres humanos, de la convicción de que en cada genuino esfuerzo intelectual hay algún aspecto luminoso del que podemos aprender, de que la verdad humana está constituida por el saber acumulado construido entre todos a través de una historia multisecular de intentos, errores, rectificaciones y aciertos: *Omnes enim opiniones secundum quid aliquid verum dicunt*. Con sensibilidad vivamente actual, Juan Pablo II encontraba una válida aplicación de aquel principio de Tomás de Aquino en la investigación científica, afirmando que «esta presencia de la verdad, sea meramente parcial e imperfecta y a veces distorsionada, es un puente, que une a unos hombres con otros y hace posible el acuerdo cuando hay buena voluntad»[12]. Nadie puede considerarse el dueño de la verdad. Al contrario la experiencia histórica del crecimiento sistemático del saber, encarnada en el espíritu científico creativo, destaca como piedra de toque de la verdad el decisivo valor del sometimiento del propio parecer al contraste empírico y a la discusión razonada con los iguales.

Disfrutar del pluralismo implica gozar de una concepción solidaria y multilateral del conocimiento humano. Como pone el poeta Salinas en boca del labriego castellano: "Todo lo sabemos entre todos". Defender la pluralidad de la razón no significa afirmar que *todas* las opiniones sean verdaderas —lo que además resultaría contradictorio—, sino más bien que ningún parecer agota la realidad, esto es, que una aproximación multilateral a un problema o a una cuestión es mucho más rica que una limitada perspectiva individual. Las diversas descripciones que se ofrecen de las cosas, las diferentes soluciones que se proponen para un problema, reflejan de ordinario diferentes puntos de vista. No hay una única descripción verdadera, sino que las diferentes descripciones presentan aspectos parciales, que incluso a veces pueden ser complementarios, aunque a primera vista quizá pudieran parecer incompatibles.

---

[9] H. Putnam, *Las mil caras del realismo*, Barcelona, Paidós, 1994, p. 149.
[10] Cfr. E. Jeaunneau, *Nani sulle Spalle di Giganti*, Guida, Nápoles, 1969.
[11] J. L. Vives, *Opera Omnia*, edición de G. Mayans, Benedicto Monfort, Valencia 1782-1790, vol. VI, p. 39.
[12] Tomás de Aquino, 1 *Dist* 23 q 1, a 3; Juan Pablo II, *Discurso* 13.9.80; cfr. A. del Portillo, "L'attualità di San Tommaso d'Aquino secondo il magistero di Giovanni Paolo II", en *Rendere amabile la verità*, Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano, 1995, p. 401.

No todas las opiniones son igualmente verdaderas, pero si han sido formuladas seriamente en todas ellas hay algo de lo que podemos aprender. No sólo la razón de cada uno es camino de la verdad, sino que también las razones de los demás sugieren y apuntan otros caminos que enriquecen y amplían la propia comprensión. "La verdad que se cree no es verdad porque se cree, sino que se cree porque es verdad", ha escrito la filósofa chilena Alejandra Carrasco[13].

4. Conclusión: En defensa de la razón

Hablar de la búsqueda de la verdad tal como se desarrolla en el ámbito científico podría parecer aquí fuera de lugar, pero para bien o para mal es la única manera que tenemos los seres humanos de progresar en el conocimiento de las cosas. La intuición central de John Dewey es que las cuestiones éticas y sociales no han de quedar sustraídas a la razón humana para ser transferidas a instancias religiosas o a otras autoridades. La aplicación de la inteligencia a los problemas morales es en sí misma una obligación moral[14]. No es muy distinta la enseñanza de Benedicto XVI en el controvertido discurso de Ratisbona y en tantos otros lugares:

> Los aspectos positivos de la modernidad deben ser reconocidos sin reservas: estamos todos agradecidos por las maravillosas posibilidades que ha abierto para la humanidad y que nos ha dado para su progreso. La ética científica, además, debe ser obediente a la verdad, y, como tal, lleva una actitud que se refleja en los principios del cristianismo. Mi intención no es el reduccionismo o la crítica negativa, sino ampliar nuestro concepto de razón y su aplicación. (...) Sólo lo lograremos si la razón y la fe avanzan juntas de un modo nuevo, si superamos la limitación impuesta por la razón misma a lo que es empíricamente verificable, y si una vez más generamos nuevos horizontes[15].

La misma razón humana que con tanto éxito se ha aplicado en las más diversas ramas científicas se ha de aplicar también a arrojar luz sobre los problemas morales y sobre la mejor manera de organizar la convivencia social. Los cristianos no tenemos por el hecho de tener fe una posición especialmente privilegiada para alcanzar de salida las mejores soluciones, ni tenemos tampoco una perspectiva única para abordar esos problemas. Más aún, sabemos que la convivencia humana encierra siempre una inevitable conflictividad que puede remontarse al pecado original, a Caín y a Abel, o al menos a las inevitables diferencias entre las experiencias y valoraciones de los ciudadanos. Como ha escrito agudamente Rhonheimer, "Una sociedad de cristianos ha de ser una sociedad que respira un espíritu de libertad. Una sociedad cristiana no sería una sociedad de santos"[16]. Una sociedad de cristianos es necesariamente una sociedad pluralista, con discrepancias incluso importantes, en la que mediante un diálogo cordial y constructivo es posible llegar —de ordinario— a un consenso para organizar la convivencia.

---

[13] A. Carrasco, "Educar para la libertad en un mundo plural y diverso", 1995. Accesible en <http://web.upaep.mx/octavoencuentro/ponencias/DraAlejandraCarrasco.doc>

[14] H. Putnam, "Dewey's Central Insight", en L. A. Hickman y G. Spadafora, eds., *John Dewey's Educational Philosophy in International Perspective*, Southern Illinois University Press, Carbondale, IL, 2009, p. 12.

[15] Benedicto XVI, "Fe, razón y universidad. Recuerdos y reflexiones", Aula Magna Ratisbona, 19 septiembre 2006. Accesible en <http://www.contexto.org/pdfs/VATdiscisl2.pdf >

[16] M. Rhonheimer, *Transformación del mundo*, p. 113.

De la misma manera que el trabajo cooperativo de los científicos a lo largo de las sucesivas generaciones ha logrado un formidable dominio de las fuerzas de la naturaleza, un descubrimiento de sus leyes básicas y un prodigioso desarrollo tecnológico, cabe esperar que la aplicación de la razón humana a las cuestiones éticas y sociales producirá resultados semejantes. La defensa del pluralismo en esta tarea se nutre de la fecunda experiencia de que los seres humanos mediante el diálogo abierto, el estudio sosegado y el contraste con la experiencia, somos capaces de ordinario de llegar a reconocer la superioridad de un parecer sobre otros en las cuestiones vitalmente importantes. Esto no es posible siempre ni en todos los temas, porque no hay suficiente diálogo, faltan datos o no se disponen de las herramientas conceptuales o técnicas para resolver el problema de que se trate. Sin embargo, en todos esos casos es imprescindible seguir hablando, seguir estudiando, seguir investigando el asunto hasta que, si es posible, se encienda la bombilla que logre finalmente el acuerdo. En esto quizá lo más importante es escuchar a quienes tienen opiniones diferentes de la nuestra. Esa es la señal más clara de que amamos la libertad y defendemos de verdad el pluralismo porque aprendemos de los demás. Si dispusiéramos de todo el tiempo del mundo y de todas las evidencias necesarias, la verdad sería aquella opinión a la que finalmente llegaríamos todos de común acuerdo, pues no es la verdad el fruto del consenso, sino que más bien es el consenso el fruto de la verdad.